

# EL MOTE Y OTROS RELATOS SATÍRICOS

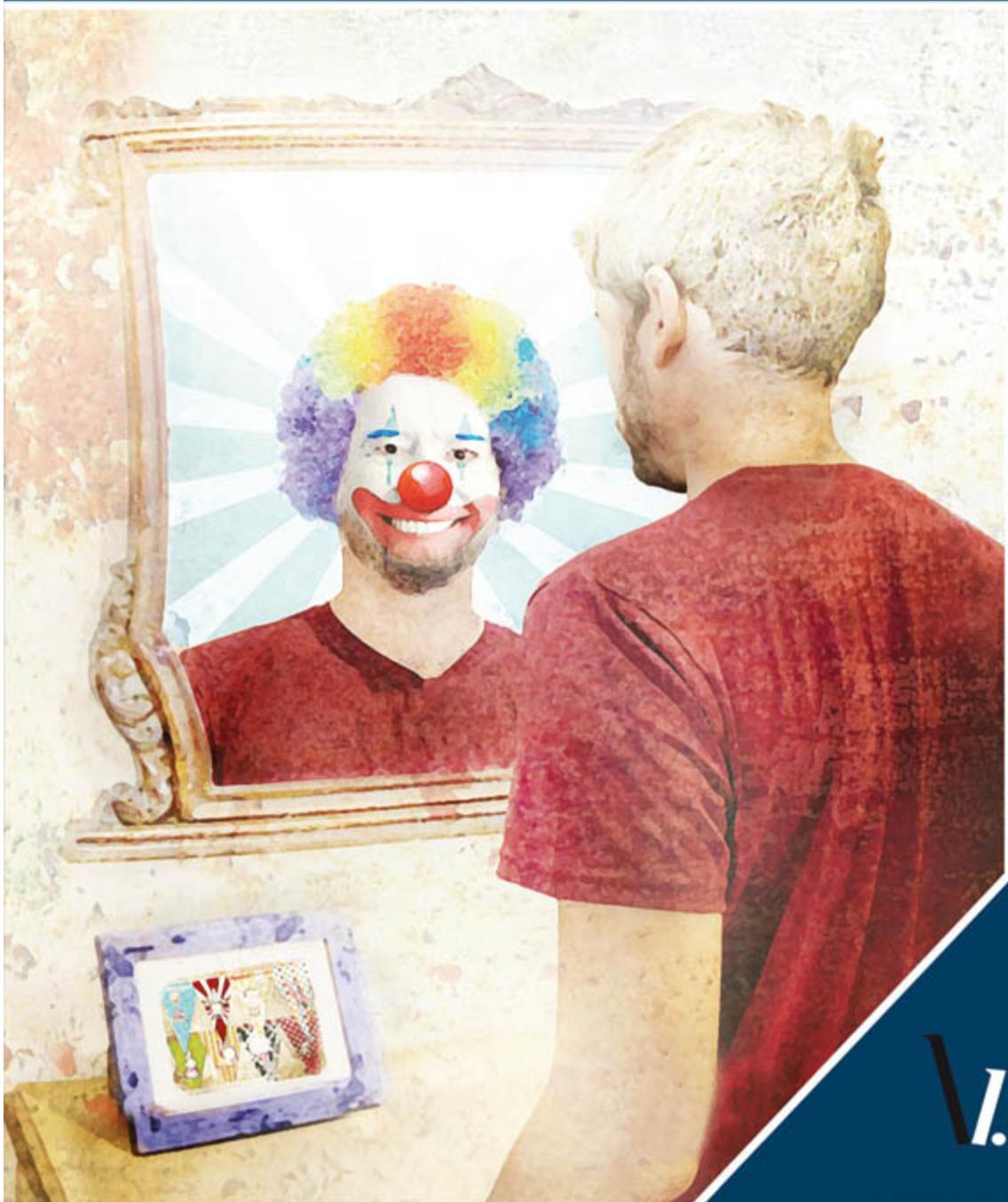
Fernando Gracia Ortuño



V.

# EL MOTE Y OTROS RELATOS SATÍRICOS

Fernando Gracia Ortuño



*V.*



*En El mote y otros relatos satíricos se cuentan historias escenificadas en la vida cotidiana, pero donde impera una visión irónica, sardónica y paródica de la realidad. Escritos con un lenguaje directo, la mayoría de las veces puesto en boca de los propios protagonistas, los cuentos de esta antología ahondan en los vértices a veces torcidos de las relaciones humanas: en las situaciones conflictivas que se producen entre los habitantes de las grandes ciudades.*

*Fernando Gracia Ortuño, además, nos presenta dichos relatos entrelazándolos temáticamente, de modo que, en muchas ocasiones, parecemos descubrir nuevos matices de relatos leídos con anterioridad en las sucesivas páginas del libro, ofreciéndonos una panorámica global de su significado solo al acabar de leerlo por completo.*



# El mote y otros relatos satíricos

Fernando Gracia Ortuño

[www.edicionesoblicuas.com](http://www.edicionesoblicuas.com)

*El mote y otros relatos satíricos*

© 2014, Fernando Gracia Ortuño

© 2014, Ediciones Oblicuas

EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

c/ Lluís Companys n<sup>o</sup> 3, 3<sup>o</sup> 2<sup>a</sup>

08870 Sitges (Barcelona)

info@edicionesoblicuas.com

ISBN edición ebook: 978-84-15824-80-0

ISBN edición papel: 978-84-15824-79-4

Primera edición: febrero de 2014

Diseño y maquetación: Dondesea, servicios editoriales

Ilustración de cubierta: Violeta Begara

*Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo por escrito de EDITORES DEL DESASTRE, S.L.*

[www.edicionesoblicuas.com](http://www.edicionesoblicuas.com)

# El mote

El otro día entramos en una cantina del barrio para tomar algo. Una cosa que jamás habíamos hecho. Yo tengo una mentalidad muy estricta con esto de los motes, y sobre todo con los insultos. No me gustan en absoluto, puesto que me he criado desde siempre en un ambiente sociable y relajado.

En toda mi vida, desde que era prácticamente un bebé, jamás me he visto influido por las vulgaridades de los hombre trabajadores de a pie. Por eso me sorprende sobremanera cómo se trataban el uno al otro los dos camareros en aquel extraño antro a que fuimos a parar. No había mucha clientela, por eso lo escuchábamos todo.

Uno le decía al otro de todo para infravalorarlo, por lo visto hacía rato que discutían enardecidamente, y el otro le contestaba siempre con la coletilla-mote de *tontolhaba*. *Tontolhaba* por aquí, *tontolhaba* por allá... En fin, que no paraba en su denigrante y persistente ataque verbal contra su compañero. Total, que en una de estas me acerco a la barra a preguntar al sujeto que estaba, según mi opinión, maltratando al supuesto *tontolhaba*, y le pregunto, un tanto indignado:

—Escuche, señor, si no es mucha molestia: ¿Me podría decir por qué cada vez que le contesta algo a su compañero, le acaba llamando *tontolhaba* como coletilla a

su respuesta? No sé, me parece una cosa un poco irrespetuosa, caballero... No sé bien lo que significa, pero en fin...

A lo que el buen señor aquel, barman, o lo que fuere, me contestó, con su media sonrisa dibujada en sus fauces:

—Escuche, señor, a este caballero, no es que yo le llame *tontolhaba* por gusto, sino que su apellido es el mismo. No se ofenda usted, señor cliente, que en ningún momento estoy ofendiendo a mi compañero, lejos de mí semejante intención, es que *él* es el señor Tontolhaba. De apellido se llama así.

—Ah, bueno —respondí más tranquilo—. Entonces disculpe usted. No quería entrometerme.

Y me fui a sentar de nuevo con mi señora. Pero claro, sin poder estar por lo que hubiera tenido que estar, y sin dejar de poner oído, todavía, a lo que decían.

Ella, al verme tan atento, me llamó la atención, pero la calmé en un *plis*, porque nos teníamos que ir en un ratito.

No podía dejar de escuchar el sonsonete aquel de *tontolhaba* una y otra vez, y claro, esto acabó por ponerme de nuevo curioso hasta extremos exasperantes.

Cuando le gritaba con desprecio, en un momento de la conversación: «¡*Tontolhaba*, imbécil, subnormal, que no ves las cosas más sencillas, tonto del culo, gilipollas!», cuando le repetía una y otra vez cosas tan horribles como que su novia lo había dejado por *tontolhaba* y tiquismiquis o niño mimado, que no ve tres en un burro, o que no tenía ni un solo amigo de verdad porque él mismo era una mentira, un mierda, un liante y un cabrón; ya entonces pensé que el camarero aquel era un pillo de cuidado. Astuto y ruin, socarrón y ladino como un zorro, me había mentido para enviarme a mi mesa y que me quedase tranquilo y sin rechistar allí, mientras que, verdaderamente, el nombre de *tontolhaba* que había estado gritando tanto no era ni por asomo un apellido; sino que él estaba convencido de que su

compañero, por su modo de vida o por los genes, era sencillamente un tonto. Sí, ¡eso era!

Pero estas cosas son complicadas de saber. De todos modos, cuando empezó a llamarlo «gilipollas, cabrón, tonto del culo e hijo de puta», me di cuenta de la verdad. Y es que las gentes humildes de los bares y tascas son así: llaman a las cosas con demasiada franqueza. Y por lo visto le llamaba «tonto del culo» por sus motivos, que tendría después de conocerlo bien. ¡Pero qué vulgaridad, señor!

# La Playa

*(Relato Ganador del II Concurso Internacional de Relatos de Viajes Turistilla)*

Ahora que recuerdo, desde que hice aquel viaje el lumbago no ha parado de fastidiarme. Si quiere que le diga la verdad, el motivo de mi queja no es el dinero dilapidado en los contratiempos, ni el perder el avión de regreso, y ni mucho menos las molestias de la espalda. El motivo es «la playa» que se vende en los folletos propagandísticos, paradisíaca como la playa que sale en la película del Leonardo di Caprio, pero sin información geográfica ni topográfica del lugar, sin conocimiento en absoluto de las tribus salvajes del lugar, ni su cultura. Supongo que su compañera de la agencia le ha contado todo. Cuando uno ve esas playas enseguida sabe que tiene que visitarlas, que representan el paraíso perdido, la paz, lo genuino y maravilloso contrapuesto a este mundo loco que se abandona con el último avión o barco. Jamás de los jamases se va a imaginar que se está adentrando justamente en el infierno, del que se imagina huir como un poseso, preso del estrés, las prisas y las esclavitudes del dinero, la crisis y demás. Pero es que además yo huía de un planchazo amoroso impresionante, para olvidar.